

La estrategia del no

e puede definir de otra forma lo que está ocurriendo en la escena política española? Tras ocho meses con un gobierno en funciones y dos convocatorias electorales, parece que los políticos no saben pronunciar otra cosa que el monosilábico «no». Unos no quieren un gobierno liderado por Rajoy ni por otro líder del PP; otros rechazan una coalición de izquierdas, y estas mismas no ligan bien; la opción de abstenerse para facilitar la investidura no convence a las minorías. Y no hablemos de los continuos noes del PP, empeñado en que «he ganado y tenéis que dejarme gobernar».

¿Adónde conduce tanta negativa? A unas terceras elecciones. Así lo han admitido los distintos líderes, y el presidente en funciones subrayaba con cierto desencanto que tal cosa no ha ocurrido en Europa desde hace más de sesenta años. Y, claro, no es agradable que suceda precisamente aquí. En realidad se olvida de que Bélgica, hace solo cinco años, salió de un atolladero similar tras un año y medio con un gobierno en funciones. Y tan mal no le fue si su economía creció moderadamente.

Una tercera convocatoria a elecciones generales le provoca al país tanto problemas internos como en sus compromisos internacionales. No la desean los dirigentes políticos, o al menos eso dicen de cara al respetable, pero desde luego no la desea el ciudadano: «¿Otras elecciones? ¡Ni hablar; y menos en Navidad!».

La actual situación parlamentaria, plural como nunca, en lugar de conducir a un entendimiento, se está orientando al enfrentamiento, dejando un amargo sabor de anarquía y provocando que algunos reclamen un gobierno «neutral». ¿No es eso añorar las mayorías absolutas del bipartidismo? Paradójico. ¿No han querido las urnas un parlamento variopinto? «Los partidos no saben adaptarse a las nuevas circunstancias», editorializaba El Mundo a mediados de agosto. Quizás es que nos estamos italianizando (63 ejecutivos en Italia en 70 años), pero nos falta práctica en sacarle jugo a la fragmentación política.

CN

EDITORIAL

